



EL FRAILE

GRAN COLECCION DE MEDITACIONES, EPÍSTOLAS, COLOQUIOS, IACULATORIAS, CORREAZOS, CANTO LLANO, SOLFEO, VÍSPERAS Y MAITINES; CON RETRATOS, PAISAGES Y GRUPOS DE ANIMALES, TOMADOS DEL NATURAL.

POR EL REVERENDO P. F.^r CANDIDO MEDINILLA.



SEÑOR DUQUE DE MONTPENSIER.

Madrid á los cuatro dias del mes de los homogéneos (Noviembre), año segundo de la egira democrática.

DEMOCRÁTICO SEÑOR. No porque otros se hayan dirigido á V. A. en esta guisa, ha de contravenir mi reverencia á sus hábitos é instintos naturales, mayormente cuando ya se habia entrado por las puertas de la voluntad el propósito de escribiros este día; que no por anticipadas se han de encarecer las cosas, si no por el grado y bondad de sus merecimientos; y sin desnudar de los suyos al que nos ha precedido en el camino de las amonestaciones y sanos consejos, atended benevolente á mis modestas reflexiones, que nunca fueron demasiados los preceptos si fueron encaminados á entidades de vuestro grandor y de vuestra reconocida importancia.

La fama de vuestros hechos se ha comenzado á estender por todas las circunvecinas aldeas, por las apartadas ciudades, y aun se ha entrado por las salas de los reyes, y por los oídos de todo género de gentes, que como cosa rara ó imagen de milagro, por todas

partes os admiran y contemplan. Bien es verdad, serenísimo señor, que vos dais muchas y grandes esperanzas de buen suceso; que sois limpio de sangre, (que á mi entender ha de ser fábula lo del cochera); sois en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado; y no sé porqué ha de suspenderse y ponerse en balanza la voluntad de los españoles si os ven ornamentado de tan ricas y sazonadas prendas. Pero el vulgo, que de suyo es malicioso, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia, no deja punto de reposo para apretar los dientes donde mejor pueda brotar la sangre para lastimar vuestras mejores partes, y presentaros á los ojos del pueblo magullado.

La naturaleza del vulgo es monstruosa en todo y desigual así misma; inconstante y varia. Se gobierna por las apariencias sin penetrar en los fondos; con el rumor se consulta, y por eso clava el diente en vuestras naranjas de San Telmo. Es pobre de medios y de consejo, sin saber discernir lo falso de lo verdadero, é inclinado siempre á lo peor, y una misma hora lo ve vestido de dos afectos contrarios, dejándose llevar mas de ellos que de la razon; y si así no fuera, ¿cómo os llamara hoy Cain y mañana otra cosa?

Pero á trueque de esto teneis de vuestra parte á la union liberal que os acaricia y agasaja; mas sabed que ella tambien tiene su parte flaca y quebradiza, porque en las adulaciones es disforme, y mezcla alabanzas verdaderas y falsas; no sabe contenerse en los medios, pues ama y aborrece con extremo, y es, ó sumamente agradecida, ó sumamente ingrata; teme ó se hace temer, y en temiendo sin riesgo se desprecia. O sirve con humildad ó manda con soberbia, y ni sabe ser libre ni deja de serlo. Con ligeras causas se altera y con ligeros medios se compone. En la fortuna próspera es arrogante é impia, y en la adversa vindicativa; y con el mismo fervor que favorece á uno le persigue despues; y si alguna vez se atreve á los buenos, no la detienen la razon ni la vergüenza, y probanzas muy recientes tenedes de lo que os afirmo. Ninguna cosa la tiene mas obediente que la abundancia cuando de ella participa, en la que solamente pone su cuidado, por eso cuando está agravada cae, y cuando aliviada cocea; y nunca satisfecha del presente siempre desea mudanzas en él. Envidia á los ricos y poderosos y maquina contra ellos. Estas son las principales condiciones y calidades de la union liberal, á la cual habeis fiado vuestro advenidero poderío.

Pero no desconfieis, que todo puede componerse si ve que en vuestras manos está su buena ventura; mas temed y reflexionad sobre el pueblo que os mira venir, y se previene para recibiros con malévolos fines. Yo, que naturalmente soy dado á la sinceridad, sin participar de las prevenciones del vulgo, os contemplo tan lejos de parecer rústico infante, cuan cerca de mostraros discreto monarca; pero mis compatriotas, sé cierto que no os contemplan de igual manera, y por lo mismo no os encuentro posibilitado para la ascension al lugar á que os empujan la ingratitud, la irreflexion y la codicia. ¡Por el ánima de mis padres, Sr. D. Antonio! Ya que hasta Setiembre del año finado os creía atinado y de buen seso, que no se diga por las gentes, que en esta sazon teneis vacíos los aposentos de la cabeza. Reparad, señor, que las cosas más graves, mejor compuestas y aderezadas con los atavíos de la magestad, solemos tomarlas á mofa y chacota; y que segun han sido los proemios y los medios, pueden suceder los fines, y mejor quisiera mi paternidad veros asesinado por la hoja del afilado cuchillo, que por la lengua mordaz, la caricatura traviesa y el chillido de mis paisanos.

Mas espero en Dios y en vuestro ángel custodio, que si llegais á ser el Bruto de los españoles, os asesinará la burla y no ninguna clase de escena sanguinolenta, que desde muy atrás nos tiene dicho la historia, que hubo en Roma un César que murió asesinado y dos Brutos que no lo fueron; de lo cual saco yo por consecuencia, que los Césares y no los Brutos son los que sucumben asesinados.

Confirmado en esta imaginación que en mis mientes ha caído, reconoced en mi reverendísima humanidad al fraile más afincado y devoto de su serenidad, así como su hermano en Jesucristo,

FR. CANDIDO MEDINILLA.

COLOQUIOS Y CORREAZOS.

§ XIV.

De como Sancho, topó con Cardenio en los jardines de Recoletos.

Y díge á Sancho el día de la fiesta de Todos los Santos.—«Amigo Panza: no porque seas alcalde de barrio y liberal demócrata, ni por que nos veamos metidos en los senos de una sociedad atribulada y descreída, habemos de dar la espalda á los usos de nuestros padres, que acostumbraban en este santo día á reconcentrar su espíritu para meditar sobre los que fueron y recapacitar en lo que vienen á parar todas las grandezas humanas. Toda la felicidad y suavidad del mundo es breve; recordemos los tiempos tenebrosos y los días que nos aguardan en la eternidad. Y si no díme, ¿dónde está la gloria de todos cuantos príncipes y emperadores ha habido en el mundo? ¿Dónde están, dice el Profeta, los príncipes de las gentes que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y cetrerías, lidiando con las aves del aire? ¿los que atesoraron montones de plata y oro, en que confían los hombres, sin dar fin á sus tesoros? ¿los que labraron tantas y tan ricas vagillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿en que pararon? Y responderán nuestros hijos dentro de algunos años, acordándose de Prim, Serrano, Topete y de otros muchos que viven hoy en la opulencia: Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron, y otros sucedieron en su lugar. ¿Qué les aprovechó entonces su vanagloria y el poder que tenían, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisongeros que les andaban al derredor? Todo esto fué sombra, responderán, todo fué sueño. Los muertos nos llaman, amigo Sancho, vámonos luego á los cementerios.

Y Sancho, que escuchádome había con la atención y recogimiento de un ánima anacoreta y contrita, llamó á Teresa, á su hija Mari-Sancha, y á Sanchico, y les dijo. «Vámonos con el padre á rezar á los muertos.» Teresa y Mari-Sancha se pusieron sus mantos, Sancho y Sanchico sus sombreros y nos salimos de casa procesionalmente en esta guisa: Sancho y Teresa iban delante emparejados, Mari-Sancha y Sanchico detrás cogidos de la mano, y mi paternidad al cabo de todos ellos á manera deayo de escuela.

Ya habíamos visitado el cementerio de Chamberí y nos entramos por Recoletos, y Sanchico que acertó á ver un puesto de castañas asadas, antojósele catarlas, y su padre, dando libre curso á su paternal condescendencia, le compró cinco libras del tostado fruto para ejercicio de los dientes y sabor de su agreste paladar. Asíó el zagal el pañuelo donde metidolas había, por sus añudados cabos, y mientras que el zángano masticaba sin dar treguas ni descanso á sus robustas mandíbulas, seguía la procesion con el mismo reposo que había comenzado.

Sancho, que iba delante con Teresa, quedó repentinamente suspenso, y mirando con afanosa curiosidad á un hombre un tanto mal trageado que sentado se estaba en un escaño de los jardines fronterizos á la fuente de Cibeles.—«Yo conozco esa cara,» me dijo algo turbado; hasta que separándose de Teresa bruscamente, se fué corriendo hácia aquel hombre con los brazos abiertos y gritando:—«¿Qué hace por estos lugares mi amigo Cardenio?» Este se incorporó pensativo y taciturno, devolviendo con cierta frialdad el agasajo amistoso de Sancho Panza. Nos arrimamos todos al lugar del encuentro, y allí supimos que Luscinda, la esposa de Cardenio, había muerto, y que él era por lo tanto viudo, pero todo esto nos lo expresó Cardenio con tal forma de palabras y ademanes, que llegamos á comprender que el desdichado Cardenio navegaba en esta sazón por el piélago enturbiado de su demencia, tal y como le habían encontrado en añejos tiempos Sancho, D. Quijote y los cabreros cuando se andaba metido por las entrañas de Sierra Morena. Compadecidos nosotros de las amarguras de su estado, y ansiosos de saber sus aventuras, y esperando

que alguna vez nos las contaría, le dijo Sancho el fin y concierto de nuestra procesion, y le convidamos á que nos acompañara, á lo cual se avino sin dar muestras de desagrado, y emparejando conmigo, seguimos adelante, y nos entramos por la ancha, dilatada y espaciosa calle de Alcalá.

XV.

De cómo Sanchico comia y daba castañas á Fr. Cándido.

En llegando á la mal construida fábrica donde antes de incendiársele el techo albergaba al regente del reino, preguntó Teresa á su marido, que quién habia morado allí, á lo cual replicó el alcalde, que en dicho lugar morado habia el regente. Entonces Cardenio, vuelto el rostro hácia los balcones del edificio, se desnudó la cabeza, cruzó entrambas manos, y rezó en voz sonora y levantada un Padre Nuestro.—«¿A quién rezais? preguntóle Sancho con admiracion. ¿Se os ha figurado que estais delante de un cementerio? Ved que no es difunto todavía el morador que estaba en esa vivienda, y os lo probarán la animacion y contentamiento que hace pocas noches respiraban sus cuadras, donde escuché los concertados sonos del piano y el ruidoso pisar de la danza.»—Y Cardenio respondió:—«Yo no rezo por los que danzan, sino por los que están acostados. En ese mismo salon, lugar de plácemes y festejos, he visto no hace mucho tiempo de cuerpo presente al duque de Valencia, por lo cual considero que es muy corto el aliento que se respira entre la cuna y la tumba, pero bastante á causar graves daños si se emplea mal, porque largos años llora una nacion el error de un instante; y así, en este anfiteatro de la vida, no basta haber vivido bien, si la carrera no es igual hasta el fin, por lo cual no se corona sino al que legítimamente llegó á tocar las últimas metas de la muerte.»—Allá vá esa castaña, padre, dijo Sanchico, dándome una mondata y gorda que habia sacado de su pañuelo.» Agradecí el obsequio del zagal y proseguimos camino adelante.

Al ponernos fronteros al palacio de Buena-Vista, se detuvo Sanchico, y leyó deletreando:—«MINISTERIO DE LA GUERRA.»—Cardenio se volvió, rezó otro Padre Nuestro, y en acabando nos dijo: «Esa plancha sostenida por ese leon y demás atributos bélicos, es una lápida mortuoria, donde los que tienen la vista clara y despejada de todo género de preocupaciones, leen, en lugar de Ministerio de la Guerra, estas palabras: *Aquí yace la honra militar; rueguen á Dios por ella.*»—Esta castaña es más gorda que la anterior, me gritó Sanchico brindándome con otra más redonda y mejor sazónada en el tostador. Y disimulando los extravijs y alucinaciones del pobre Cardenio, proseguimos nuestro matinal paseo, hasta que afrontamos con la gran fábrica que fué Aduana y hoy ministerio de Hacienda, y Sanchico, que al par que yantaba, iba blasonando de buen lector, no pudo leer, ni menos construir las palabras escritas encima de la puerta principal, que eran las siguientes:

AEDES PVBLICAE
IVSSV ET SVMTIBVS
CAROLI III
EXPORTANDIS MERCIBVS
EXTRVCTAE ANNO MDCCLXIX.

—«¿Y qué quieren decir esas letras? preguntóme Sancho; y yo le dije: «Casa Real de Aduana, mandada construir por el Rey Nuestro Señor Carlos III, y concluida en el año de 1769.» Cardenio sonrió amargamente, y dijo: «Paréceme, señores, que están Vds. ayunos de entender el artificio de esa lápida, que lo es mortuoria por más que vean y palpen lo contrario; y no queriéndome sujetar al confuso juicio de vuestras desvanecidas cabezas, yo les diré de coro lo que quieren dar á entender y significar esas palabras latinas tan mal leídas y peormente comprendidas. Abi dice lo siguiente:

Aquí nuestras riquezas nacionales
afanoso encerró Carlos un día;
pero al suelo cayeron los puntales
con que el crédito España sostenia.

Y allí, donde argentinos minerales
sonaron, se prenden á porfia
la araña, y otros viles animales,
por los ultrajes de la muerte fria.

—¡Esta castaña, si que es gorda, padre, interrumpió Sanchico dándome la tercera. Y yo me la comí, disimulando, de tránsito, los desvarios del loco.

Llegamos á la Puerta del Sol y leimos en la antigua casa de correos otro letrado que decia: «Ministerio de la Gobernacion del Reino.» Ahí no dice eso, repuso Cardenio, sino lo siguiente: «Aquí yace el órden que sucumbió á manos de la petulancia y de la nulidad.»

Proseguimos nuestro viaje y me propuse no dar atenta reflexion á los alucinamientos de Cardenio, y subiendo por la calle de Carretas, llegamos á la de Atocha hasta dar de cara con el ministerio de Fomento, lo cual dije que era á mis compañeros. Cardenio me interrumpió y me dijo:—«Os engañais, padre; ese no es ministerio, que es un hospital de males agudos en donde sufren dolores acerbos la pública enseñanza, las bellas artes, la industria y la agricultura. Y no quisiera, que por haber hablado con esta sandez y al parecer con tan poco seso, me tuviese su paternidad por hombre falto de razon y conciencia, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que digo.—Eso creo yo muy bien, le repuse; porque lo peor que se hace con un loco es contradecir sus sinrazones y extravagancias.

De esta manera llegamos á Palacio, dentro del cual creyó Cardenio que se encontraban otros dos sepulcros, atojándosele que en el ministerio de Estado estaba sepultada la dignidad de España, y en el de Ultramar el honor y prestigio de nuestras Antillas. Tumba fué tambien para Cardenio el ministerio de Marina donde se encerraban los restos mortales del decoro, y donde vió su desvariada razon asomarse macilenta, avergonzada y compungida la cara de Gravina. Sepulcro fué igualmente para Cardenio el ministerio de Gracia y Justicia, en donde miró sucia y convertida en girones la magistratura, rota la mitra del episcopado y abollada la tiara del Pontificado.

Pasamos por el Congreso de los Diputados, y le trocó su turbia imaginacion con el Saladero; pero en viendo la estatua de Cervantes, se quitó el sombrero y llorando á lágrima suelta sin forma de consolacion, exclamó:—«¿En dónde está D. Quijote? ¿En donde está ese caballero andante, valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones inmerecidas, de encantos y otras cosas? Y Sancho repuso.—El otro día me dijeron haber visto en un carruaje un hombre disfrazado de general, que iba desde la calle de Alcalá al Congreso, y que se parecia mucho á D. Quijote.—Sé á quien te refieres, repuso Cardenio; yo también conozco á ese hombre, y solo se asemeja á D. Quijote en lo de ser aventurero.

HOJAS SUELTAS DE LA CARTERA DE UN FRAILE.

N. VI.

Y continúa la narracion del Paraguayo.

«Un viento Norte perseverante y continuado, que vino azotando la popa nos sacó á los nueve días del rio Paraguay, y en llegando al parage llamado las *Tres Bocas*, comenzó á respirar la tripulacion del buque, no solo por suponerse libre de mas registros policiales, sino por poder hablar libremente del país que dejaban donde con tan poca libertad se vive. Contemple, amigo mio, si me será doloroso tener yo que hablar de mi patria de esta manera.

«Siguiendo el curso del ancho y caudaloso Paraná, penetramos en el Rio de la Plata, sin accidente alguno que sea digno de mencionarse, pero no estará demás que le participe, la sorpresa y admiracion que produjeron en mi ánimo, antes tímido y siempre sobresaltado, la vista de las torres de las iglesias de Buenos-Aires, el órden regular y uniforme de sus edificios, y el movimiento lleno de vida que noté en las playas de esta capital. Acostumbrado mi espíritu á llevar una existencia medrosa y encogida, á no ver mas que fisonomías melancólicas y recelosas hasta de su propia sombra, la llegada al muelle de Buenos Aires, se me figuró la entrada en una especie de edén para mí desconocido. Desembarqué con mis dos hijos, y aquellos semblantes tan activos como risueños me alentaban, y exclamaba con pesar. «¿Quién pudiera arrancar de mi país las dos pobres fincas que poseo, y traerlas á este suelo y vivir en él al lado de mi muger y mis hijos!» Sueño irrealizable. Si el presidente me dejó venir, fué porque le constaba á ciencia cierta que amo mucho á mi muger, y que este amor habria de ser el móvil irremediable de mi regreso; y sino este cariño, el sentimiento innoble de la codicia, de la cual me creía dominado, para no perder mis fincas, ni otras haciendas que á la sazón poseia.

«Penetré en las calles de Buenos-Aires; me alojé en una fonda, y despues que hubimos almorzado, salí á la calle con mis pequeños y busqué al cónsul del Paraguay, que entonces lo era D. Buenaventura Decud; pero más que cónsul, era una especie de agente comercial ó vendedor

del té paraguayo, que nosotros llamamos *yerba mate*, del cual artículo se hace un gran consumo en aquella república, y produce beneficios inmensos al gobierno paraguayo, por haberle estancado y tener de él su esclusivo monopolio.

«Presentéme á D. Buenaventura, porque yo sabia que este mi compatriota estaba tambien encargado por mi gobierno de vigilar la conducta de mis paisanos; y yo, para no despertar sospechas de ningun género, quise ser el primero en someterme á su exquisita y bien retribuida vigilancia. Pedile su proteccion y sus indicaciones para poner á mis hijos en un buen colegio, que reuniese la bondad con la baratura, y más conoedor que yo del país en donde residia, me auxilió en mi propósito; pero en tanto que ejercia sus buenos oficios, se fué enterando muy menudamente de mis relaciones mercantiles, del desembarque y colocacion de mi tabaco, y de los beneficios que su venta me habia reportado.

«Terminados mis negocios, durante los cuales no me abandonó un punto, y quedándome de huelga algunos dias más del plazo concedido por el presidente, me llevó al teatro y á otros pasatiempos. Una tarde que salimos á paseo, y llevaba yo en la mano un cigarro habano, se lo mostré y le dije: «¿Por qué, mi amigo D. Buenaventura, no se fabrica en el Paraguay esta clase de cigarros, teniendo nosotros tan exquisito tabaco?» A lo cual me respondió: «Porque son nuestros paisanos muy perezosos.» Y yo le repuse: «Y porque el presidente no quiere proteger esta industria.» D. Buenaventura quedó silencioso un gran espacio, y al cabo le quebró para hablarme de otras cosas.

«Nos despedimos hasta el siguiente dia; pero aquella misma noche, envió D. Buenaventura un propio al presidente del Paraguay, acusándole de haberle yo dicho que el presidente no protegía la industria del tabaco en la república. Y mientras que yo consumía en Buenos-Aires el tiempo de mi licencia, pasaba en el Paraguay lo que voy á referirle.

«Cuando el presidente recibió la denuncia de D. Buenaventura, llamó á mi esposa y le dijo, que en el término improrogable de dos horas, entregase al escribano de gobierno, los títulos de pertenencia de las dos casas que poseia en la capital; la una situada en la Rivera contigua al almacén de la aduana, y otra extramuros para fabricar ladrillos. En mi país, jamás se le pregunta á la autoridad el por qué de lo que manda ó dispone; y por lo tanto mi muger saludó al primer magistrado de la nacion, abrió el mueble donde estaban encerrados estos papeles, los enrolló y los entregó sin demora al escribano de gobierno, el cual ya tenia órdenes de recibirlos. De la escribanía pasaron estos documentos á la presidencia, y de la presidencia á la colecturia para que constasen en sus archivos como propiedad del Estado.

«Los vecinos á quienes yo habia dado mi casa en arrendamiento, fueron intimados por el jefe de policía para que se mudaran en el término de veinticuatro horas, y verificado el deshúcio, penetraron en mi finca doce albañiles, que en menos de dos dias echaron abajo el tabique que lindaba con los almacenes de la aduana, y ya desde entonces tuvo aquel edificio mas espacio para depósito de mercancías, y los tercios del té paraguayo que necesitaba para su tráfico y monopolio.

«Me despedí de D. Buenaventura cuando terminó el periodo de mi licencia, y me vino acompañando hasta el muelle, donde me dió la mano muy apretadamente, recomendándome expresiones muy encarecidas para dos hermanos menores que residen en la Asuncion.

«El buque que me conducia era tambien de vela como el anterior, y se denominaba *El Andador*; pero como íbamos aguasarriba y con viento contrario echamos sesenta y siete dias en la expedicion. Hicimos muchas paradas en las diferentes capillas y aldeas que están situadas en las márgenes de este rio, y cuando llegué á la villa del Pilar, un comerciante italiano que allí estaba comprando cueros, que me conocia, y que hacia poco tiempo que habia llegado allí por tierra de la capital, me llevó á su casa, y me refirió lo que el presidente habia hecho con mis fincas, y me preguntó qué era lo que yo habia hecho en Buenos-Aires. «¿Ha hablado usted con alguno de los trasfugas paraguayos que allí residen y escriben contra este gobierno?» me preguntó. Yo le repuse, que no me habia separado un instante del cónsul. «Entonces, me dijo, ese pillo adulator ha inventado alguna calumnia.»

«Llegó la hora de embarque; arribé á la Asuncion, supe por mi esposa lo ocurrido; visité al presidente para darle parte de mi llegada; me recibió con sonrisa burlona, y me dijo:—«¿Con qué el presidente de la república del Paraguay no protege la industria del tabaco? ¿Qué pronto se contagiò usted con el instinto y las costumbres de la gente anárquica y murmuradora de Buenos-Aires! Celebro que haya usted arribado con toda felicidad, y siento que Mr. Hopkins se haya interpuesto para que no sea usted fusilado mañana mismo.» Quise responderle; pero me volvió la espalda, diciéndome ¡Vaya usted enhoramala!»

En esto llegamos á la fortaleza de Tacumbú, y el paraguayo interrumpió su historia, porque el vapor hizo alto para pasar por una nueva inspeccion. ¿Qué te van pareciendo las repúblicas, lector amado?

VÍSPERAS Y MAITINES.

Y como Pasamonte ha sido electo diputado en estos dias por un distrito, y ha jurado, y tomado asiento entre los radicales, se le antojó á Sancho, para irse adiestrando en la vida de la política, asistir de alguna manera á la reunion de la mayoría que se celebró el 29 del pasado por la noche; y Pasamonte halló manera de poderle meter en el gran teatro, y esconderle en una de las tribunas públicas, de suerte que no fuera distinguido, á la cual reunion se fué Sancho lleno de alborozo, el que no tenían su mujer, ni sus hijos, ni mi paciente reverencia, pues eran las cuatro de la madrugada y Sancho no habia parecido; y se andaba la pobre Teresa en paños cortos y livianos recorriendo la casa con la palmatoria en la mano, y su hija Mari-Sancha, no menos agitada que su madre, la seguía en son de consoladora, y á Sanchico también le vino en gracia y deleite de abrir sus desvelados párpados; y es el caso que la parlante y sobreecogida trinidad, se venía á mi dormitorio, y sacándome de mi natural y necesario reposo, eran de ver sus lamentaciones y cuidados, presuponiendo algun deseguisado, porque Sancho, de suyo pesadote y dormilon antes de ser alcalde de barrio, el baston le habia convertido en vigilante, despierto y avisado. Y yo, contemplando con aparente calma las idas y venidas de la sobresaltada familia, maldecía para mis adentros la hora en que di caritativa hospitalidad al extraviado escudero, y en esta y otras reflexiones hallábame metido, cuando llamaron á la puerta, y Teresa se precipitó llave en diestra y luz en siniestra, para abrir la puerta á su marido, que entró más enfático y relleno de gozo y satisfaccion que Coronel y Ortiz despues de haber disparatado un discurso.

Y fué el caso que yo me incorporé en la cama; que entré en ganas de que Sancho me refiriese lo que en la reunion de la mayoría habia pasado, y este no mi disimulado deseo, avivó en Panza el apetito de contar lo que visto y escuchado habia, por lo que sentándose al lado de mi cama, y en tanto que Tesesa, Mari-Sancha y Sanchico le atendian suspensos y admirados, el alcalde habló de la siguiente manera:

—«Padre, á las nueve comenzó el fandango, el que ha durado hasta este momento. El primero que habló fué mi excelentísimo señor presidente del Consejo de los ministros, D. Juan Prim, de Reus, Castillejos y Guzman, y dijo:

Señores: aquí, la verdad sea dicha, hemos venido á hablar de candidato para el trono, que segun mis buenas entendederas debe ser el duque de Génova, y para que Vds. vean que este es el que mejor me conviene, ó mejor dicho nos conviene, diré en pocas palabras las cualidades del duquesito. Sepan Vds., que es un mozo muy destruido, que sabe leer, escribir, las cuatro reglas de cuentas, que sabe muchas lenguas, y ahora está aprendiendo la española. Sabe decir en francés *qui mosii*; en inglés, *yes*, en portugués *menina*, en latin *manducare* y en español *guasones*. Además, señores, es muy simpático, hace muchas cortesías; monta muy bien á caballo, y sobre todo, aquí lo que más importa que Vds. sepan, es que ya el niño tiene bigote.—¿Quién le ha dicho á su señoría que tiene bigote? preguntó un diputado.—Un diplomático de callá que le ha visto; Mr. Martín. Entre Vds. está sentado; pregúntenselo Vds. y verán como les dice que el niño tiene bigote.—¿Que ha de tener bigote! gritó otro.—Señores, dijo Prim; no hay que enfadarse; ahí está su retrato en la Carrera de San Gerónimo, y despues que Vds. le vean digan si no tiene bigote.—¡Valiente bigote! exclamó otro; aquello no es bigote, sino bozo.—Al decir yo que tenia bigote, no quise dar á entender que eran tan largos como los de su tío, pero de casta le viene al galgo el ser rabilargo, es así que D. Manuel tiene los bigotes muy largos, luego el niño los tendrá tambien con el tiempo. Y si no que lo diga Mr. Martín.» Pero este señor por mas que le pinchaban, no queria decir esta boca no es de nadie, sino mía. Se acabó la cuestion del bigote, y dijo Prim:—«Señores, por los clavos de Jesús, que no se rompa la conciliacion de esta gente honrada; que no se diga que hemos hecho la revolucion para tirarnos los trastos á la cabeza.» El señor Cristiano Martos, cogió la palabra y dijo:—«Ea, pues no están Vds. conformes con nuestro rey, presenten Vds. uno, y veremos si es mas bonito que el nuestro.» Entonces el señor Rio Rosas gritó:—«El duque de Génova no es nada, no dice nada, es un zascandil, es un muñeco, y lo que yo digo lo dicen la aristocracia, el capital, las grandes poblaciones, las aldeas y las cabañas.»—«Eso no es verdad, dijo por lo bajo un borricual.»—Radical querrás decir, le interrumpí. Eso, prosiguió Sancho. Eso

no es verdad, dijo, y D. Rios contestó con voz de tormenta.—«El que miente es Vd. que me desmiente. Y en estas circunstancias, lo que aquí hace falta es un ministerio de hierro, y un rey de acero.—No señor, de oro, decían otros por lo bajo.» El señor Figuerola, tomó la palabra y dijo:—«Señores, yo he visto al duque de Génova y aseguro á Vds. que es un mozo muy bonito. —¿Es verdad que tiene bigote? preguntó Prim.—Tiene bigote, respondió Figuerola.—¿Lo ven Vds. como tiene bigote? exclamó Prim en señal de triunfo.

»Como ya habían dado las tres, y era necesario dormir, nos levantamos, y me vine á casa, Y vámonos á la cama que es tarde.»

Retiróse la familia y yo que ya me encontraba desvelado, aproveché este momento para meditar sobre los ánimas del purgatorio. ¡Qué tiempo tan bien empleado!

ESTORNUDOS.

Desde que ocurrió la escena tan ridícula como ruidosa entre Sancho y la vecina de enfrente, Mari-Sancha, á quien no le falta despejo natural, apesar de su aparente rudeza, en tanto que hace y elabora las haciendas de la cocina, cuando encuentra á boca la ocasion de dar un alfilerazo á la muger del voluntario, lo verifica, con aquella malicia natural y propia de vecinos picados.

La otra mañana, escuché desde mi angosto recinto, que Mari-Sancha le entonaba á su adversaria, la siguiente seguidilla manchega:

Don Guzman de Alfarache,
ha dicho anoche,
que el duque saboyano
tiene bigote.
Y el pueblo hispano,
afila su nabaja
para afeitarlo.

Y la muger del patriota la replicaba en la misma solfa:

De la Mancha ha venido
una tarasca,
con ribetes de bruta
y reaccionaria.
Si no me engaño,
ya la tienen en lista
los unitarios.

Y yo porque las cosas no pasaran á mayores, me fui á la cocina, y mandé suspender la ópera.

—Éranse dos cabos segundos, el uno de reserva y el otro en actual servicio. Se tenían ojeriza, no sabemos si por los extravíos de una cantinera á quien entrambos camelaban. Se desafiaron á muerte; pero el que estaba en actual servicio, le dió los galones á un ranchero, y le dijo: «guárdame eso hasta que me bata con Manolillo. Rafaelico, que era este, nombró por padrino al sereno de su calle, y Manolo al aguador de su casa; aquel llevó además un cirujano comadron, y este un dentista, por si caían heridos de gravedad. En llegando al sitio de la contienda, cada cual echó mano á su instrumento, y en el instante de arremeterse, el sereno y el aguador se pusieron delante de los combatientes, y exclamaron: «Pelitos á la mar.» Los contendientes envainaron, se metieron en la taberna del Cuco, se comieron seis chuletas, se bebieron unas cuantas copas de vino, y se fueron á dormir á casa.

—El general Izquierdo, que dimitió el cargo de capitán general de Castilla por el mal estado de su salud, se encuentra ya completamente bueno. Estas y otras son las maravillas del aceite de bellotas.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

En Madrid.—4 reales un mes, 10 tres; 18 seis y 32 un año.

En provincias.—12 reales, 3 meses; 22 seis; 40 un año, haciendo el pago directo; y 14, 26 y 46 respectivamente, suscribiéndose por medio de correspondientes.

En Ultramar y extranjero.—20 rs trimestre, 38 semestre y 72 un año.

Número suelto.—medio real. Lámina un real.

Puntos de suscripción en provincias.—En las librerías principales y comisiones de empresas periodísticas.

Puntos de suscripción en Madrid.—En todas las principales librerías y en la Administración situada en la travesía de la Mata, 7 y 9, principal izquierda, á donde se dirigirá toda la correspondencia y pedidos de suscripción y á nombre de D. Antonio Bocio, administrador del mismo.

No se servirá suscripción alguna sin que se acompañe, al pedido su importe, en sellos, libranzas del giro postal ó en libras de fiado cobro.

MADRID: ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE B. VICENTE, CALLE DEL CLAVEL, NÚM. 4.